



FREDERIK POHL

LOS AÑOS DE LA CIUDAD

Premio Campbell Memorial 1985

Shire Brandon, un neoyorkino de los años ochenta cargado de preocupaciones, que se cree en posesión de la clave para resolver los problemas de la ciudad mediante nuevas fórmulas sociales que permitan a sus habitantes posar la mano sobre las palancas de poder. Ese es su trabajo en el Instituto Jefferson que, por cierto, no es tomado demasiado en serio.

Rintelen Feigerman, contemporáneo de Brandon, ingeniero, millonario, constructor y persona muy influyente. Tiene grandes proyectos en los que siempre se valora el factor beneficio. No pretende cambiar las estructuras sociales.

Pero ¿puede determinarse hasta qué punto llegan a influir estos dos hombres en el futuro de la ciudad? A través de las historias entrelazadas de futuras generaciones están presentes sus ideas y sus obras y, en cierta forma, constituyen un apoyo para aquellas personas que no desean ser víctimas.

*A Betty Anne Hull
Con siete años de amor*

Introducción

Aunque he pasado la mitad de mi vida en parajes semi-rurales, e incluso algunas temporadas en lugares tan notablemente urbanos como Harlem, Pennsylvania y Canadian (Texas), me considero un chico de la ciudad. En realidad, hasta me siento orgulloso de ello. Me gustan las ciudades. Las respeto, y creo que prestan enorme contribución al arte, la cultura, el saber y la inventiva de la raza humana. Tal como están las cosas ahora, es obvio que las ciudades del mundo pasan por un mal momento. Me preocupa que puedan transformarse en una especie al borde de la extinción, porque si se consiente que las ciudades decaigan, creo que todos lo pagaremos muy caro.

De ahí que estas preocupaciones (y estas esperanzas, e incluso plegarias) hayan tomado la forma de una novela de ciencia ficción.

Puesto que me gano la vida escribiendo ciencia ficción, he pensado mucho en el futuro de las ciudades (y de todo lo demás). En este caso particular, no obstante, puedo seguir la larga cadena de libre asociación que condujo a la publicación de este libro hasta un especial incidente tras una fiesta a principios de 1973. Entre los invitados estaba el entonces alcalde de Nueva York, John V. Lindsay. Por casualidad, abandonamos el cóctel al mismo tiempo, íbamos en idéntica dirección y Su Señoría se ofreció cortésmente a llevarnos (a mi esposa y a mí) en el lujoso automóvil oficial. Los escritores de ciencia ficción no son tímidos. Aproveché la ocasión para hablarle de parte de mis pensamientos sobre el gobierno de la ciudad. En algún momento de la con-

versación le expresé mi opinión de que él tenía el trabajo más duro del mundo, porque Nueva York me parecía demasiado irregular, enorme y diversa para que la gobernara una sola autoridad central.

¡Absurdo!, replicó Lindsay. Para él, el único problema de Nueva York era su base impositiva, injustamente reducida. Si la ciudad pudiera conservar una proporción justa de los ingresos por impuestos que genera (en su mayor parte arrebatados por el Estado de Nueva York para otros condados del estado y por los agentes federales para otros estados de la nación) el futuro sería fascinante, ejemplar y dorado. Y Lindsay continuó explicándome algunos de sus sueños y esperanzas para la ciudad (ninguno de los cuales aparece en esta novela).

Casi me convenció. Pero pocos días más tarde las cabeceras de los periódicos anunciaron que, en contra de lo esperado, Lindsay había decidido renunciar a presentarse a la reelección como alcalde. De modo que quizá también yo influí un poquito.

Frederik Pohl

Soy lo que podríamos denominar un neoyorquino normal. Camino deprisa, hablo con rudeza, respiro hollín y monóxido de carbono. Vivo en un lugar donde los camiones de basura y los coches policiales me mantienen despierto la noche entera y me juego la vida al cruzar la calle. Pago un ojo de la cara por eso: impuestos monstruosos y ridículos ingresos constituyen mi vida. No la cambiaría. Aquí se desarrolla la acción. Aunque la acción pueda ser una buena oportunidad de que te atraquen y una casi certidumbre de que alguien entrará a robar en tu piso una vez cada dos o tres años; a pesar de eso, yo formo parte de la acción. Sólo hay una cosa que me asusta. Veo, todos los meses, un nuevo crimen, una huelga o una catástrofe, y lo que temo es que algún día todo eso ocurra al mismo tiempo... Y ese será...

El día de la paralización total de Nueva York

Shire Brandon, treinta y cuatro años, era muy joven para ser viudo, pero lo era. Un buen hombre, esa clase de buen hombre que accede a formar parte del jurado en un juicio cuando en realidad podría librarse de ese fastidio si quisiera, y precisamente eso era lo que estaba haciendo, aunque en su trabajo le necesitaban. Tenía una hija que pensaba siempre en suicidarse y vivía en una ciudad que al parecer llevaba el mismo camino, aunque no de modo intencionado. De hecho, ése era el mayor problema de Brandon. La ciudad no parecía tener un plan colectivo, aunque Brandon creía saber cómo ayudar a *trazar* uno. Él amaba a las dos, inexpertamente. Con ambas tenía dificultades para comunicarles ese amor. Con su hija, no encontraba las palabras precisas, mientras que la ciudad simplemente no le prestaba atención.

Quizá la ciudad fuera demasiado inmensa para oír una sola voz. Nueva York es enorme. Hay doscientas sesenta hectáreas de ciudad por cada día del año, casi con exactitud... y un año tiene trescientos sesenta y cinco días y pico. Hay cinco distritos en la ciudad, y todos son además condados del estado de Nueva York. Existen veinte islas lo bastante grandes para edificar en ellas... casi todo son islas, ya ven. Por esta razón, hace años, cuando Boston erigió su *Prudential Tower*, el ayuntamiento anunció el rascacielos como el edificio más alto del continente de América del Norte. Así era, puesto que Manhattan no forma parte del

continente. El Bronx se halla firmemente unido a tierra firme, pero, ¿quién edifica en el Bronx?

Nueva York es una ciudad antigua, al menos en su hemisferio. Fue visitada por primera vez (por un europeo, ya las pieles oscuras no cuentan) por Giovanni Verrazano en 1524 (pero él no llegó a bautizar parte alguna de la ciudad, eso estaba reservado para Henry Hudson ochenta años más tarde, porque los italianos tampoco contaban); a menos que fuera algún decidido vikingo con una lancha de remos o algún irlandés extraviado con un bote de mimbre y cuero. Desde entonces ha recibido muchas, muchísimas visitas. De casi todo el mundo. En tiempos de Washington era un pueblo y visitarlo no valía mucho la pena. A George Washington no le gustaba, habría quemado el lugar si el Congreso se lo hubiera permitido (pero no tuvo que hacerlo, porque alborotadores neoyorquinos se ocuparon de ello en cuanto él se fue). Antes de eso, sólo indios. Y no muchos. Antes de eso... bien, no había ciudad alguna muchos millones de años antes, no sólo porque no existían personas para habitarla sino porque además yacía bajo algunas de las mayores malditas montañas que la Tierra ha creado. Las montañas no duraron.

Nada dura. Se desmoronaron (se dice que hasta Gibraltar puede caer) y el goteo de la lluvia y el flujo de los ríos aplanó esas montañas. Dos veces. Más de dos veces. Este planeta estruja montañas en su corteza igual que un hombre joven pellizca una espinilla, y las aguas se llevan los restos; en todas partes, sin cesar. Como mínimo, sin cesar hasta que el planeta se enfríe. Y mientras tanto, en este «ahora», la ciudad está aquí, sumamente odiada y sumamente envidiada, porque es la *Big Apple*, la Gran Manzana. Escuchen el arrullo del (o presenten sus respetos al) ritmo de Broadway, donde todo el mundo baila, aunque a veces flotando en las orillas de *Collect Pond*.

Dado que la isla de Manhattan se halla tan hermosamente rodeada de agua, profunda y en movimiento, los ur-

banistas originales no creyeron necesario dejar sitio para parques. Generaciones posteriores no estuvieron de acuerdo, y ahí están los espacios verdes, infinidad de ellos, enormes y bellos lugares por donde pueden pasear... si se atreven. «¿Mierda? Hey, ¿mierda?», gritan los vendedores de droga, haciendo que los asustados niños dejen los columpios y que los mayores abandonen las mesas de cemento donde juegan a las damas. Antes de que fuera parque, *Central Park* era un pueblo de chabolas para los pobres desesperados de la ciudad. Antes de que fuera parque, *Washington Square* era una fosa común donde muertos anónimos y sin amigos recibían un empujón y se perdían de vista bajo tierra... no mucho, porque cuando llegaron las excavadoras para embellecer el lugar, perforaron la corteza y aplastaron los pobres huesos. La Gran Vía Blanca es más *gaia* que nunca, con su desfile de militantes ataviados con camisetas color lavándula. Hay más ratas que personas en la isla de Manhattan, y la ciudad tiembla de modo cada vez más precario entre la bancarrota y el *boom*. Más de una clase de *bum*, a decir verdad, porque cuando alguien dispone de una bomba, el mejor lugar para ponerla es Nueva York. ¿Por qué alguien iba a preocuparse en bombardear Los Angeles? La ciudad ha visto, oído y olido todo: amenazas de desbordamiento y glaciares, huelgas del servicio de basuras y el peor hedor de los esclavos en la hoguera, desfiles con lluvia de confeti y desastres bursátiles. Nueva York es el sitio donde está el dinero. En la medida que el dinero representa poderío (una medida bastante notable) la ciudad es el puño con manoplas del poder. El edificio de las Naciones Unidas se alza sobre lo que en tiempos fue el mayor matadero de la ciudad. Un vehículo con matrícula DPL está aparcado junto a todas las bocas de incendio, y los pobres de la ciudad están... bien, no son realmente pobres si se les compara con los de Calcuta o Latinoamérica, pero ciertamente están empobrecidos en cuanto a esperanza y propósitos. El crimen existe, por supuesto. Siempre ha exis-

tido. En 1643 los indios quitaron el cuero cabelludo a un holandés en la parte baja de Broadway. Los holandeses se desquitaron, y lograron que el resultado de ese particular combate fuera: Indios, 1; Holandeses, 200. Si bien Nueva York ya no es la capital del crimen de la nación, puesto que cedió la corona a lugares de Florida, Arizona y Texas, tampoco es una ciudad donde puedes pasear por el parque para ver un eclipse de luna, ya que tal vez te eclipses tú. Nueva York es una ciudad despreciada. Se la teme. A menudo incluso se la ama, pero en resumen, está ahí, una realidad tan enorme que es imposible anularla. Tanto «ciudad» como «civilización» derivan de la misma raíz latina, *civitas*, y no existe una sin la otra.

Pues bien, aquí tenemos la ciudad, en este gran «ahora», y aquí están algunos de sus habitantes, una quinceañera de Carolina del Norte que se apea en la terminal de autobuses de la Oficina de Comunicaciones, un arquitecto que se considera preservador futurologicamente seguro de los valores urbanos, un miembro de un grupo de especialistas que cree saber cómo resolver todos los problemas de la ciudad, un terrorista, una niña que tiene la intención de suicidarse, una mujer con una misión y una lengua francamente vulgar, y un millón, varios millones más de personas. Vigas y piedras no dan vida a la ciudad. La gente, sí. Todos intentan abrirse paso por razones personales, nobles, viles o, en la mayoría de casos, simplemente irrelevantes; pero hay un vector resultado que produce el movimiento de la ciudad. Jamás está inmóvil.

Así pues, aquí tenemos a cuatro de estas personas, tres visibles y otra de pie junto a la ventana de un pasillo, al otro lado de la calle, observando qué pasa. La persona que vamos a contemplar con más atención ahora es el hombre que se cree en posesión de la clave para resolver todos los problemas de la ciudad mediante inventos sociales, inventos que permitan a la gente poner la mano en las palancas de gobierno, en particular. Eso es lo que hace en su traba-

jo, pero en este momento no se dedica a ello porque le han interrumpido las exigencias de un invento social anterior. Tiene que formar parte de un jurado. Tampoco puede acabar con eso muy deprisa, debido a otro invento social de considerable antigüedad. La persona que está al otro lado de la calle ha puesto una bomba en el edificio. El nombre del pensador es Shire Brandon. Está pensando en todo lo anterior, más en el hecho de que su hija, Jo-Anne, se halla trastornada por la desaparición de su madre. Y, ah, sí, también hay huelga de basureros.

El juicio era una especie de asamblea descontrolada, gritos de indignación por parte del abogado defensor en su turno de preguntas, respuestas hostiles expresadas en voz de contralto a cargo de la demandante desde el estrado, antifonales exclamaciones del abogado de la anterior... más que suficiente para mantener despierto a un jurado, incluso al juez. Entonces a la parte sonora del programa se sumó un espectáculo de pantomima. Un agente de policía entró silenciosamente en la sala. Avanzó con esa calma especial indicativa de que se tienen muchos motivos para no estar calmado, y musitó algo inaudible al alguacil, que a su vez murmuró algo al oficial de secretaría, que se levantó rápidamente para decir algo que sobresaltó al juez. Eso no fue ya un susurro, aunque Brandon no pudo entender las palabras desde la tribuna del jurado. Además, toda la calma se agotó con el gasto que hizo de ella el agente policial. La totalidad de ocupantes de la sala quedó anonadada. El juez dio un golpe con su mazo.

—Se ha recibido una llamada telefónica —dijo en voz alta—. Se nos advierte que hay una bomba en el edificio. Sigán al oficial para salir del edificio con orden y... y... y aguarden nuevas instrucciones.

Todos los presentes recobraron la facultad de moverse al instante. Un apagado jadeo de la gruesa mujer junto a

Brandon, risita de susto del abogado de la demandante, y por parte del negro vestido con el traje de seda un fuerte «Miiierda».

—¡Muévanse, maldición! —voceó el polizonte, que había dejado de ser un mimo, y de alguna forma, no con pánico pero sí con mucha confusión, todos cruzaron la entrada, bajaron los amplios escalones de mármol y salieron al húmedo ambiente neoyorquino de finales de verano.

Nadie se demoró. Nadie protestó de que les hicieran cruzar la calle como un rebaño en dirección al parque, a pesar de que el lugar apestaba terriblemente; casi toda la hierba estaba tapada por montones de tres metros de altura de bolsas de basura negras. Las ratas habían estado por allí, y quizá también las mujeres que revolvían la basura y los vagos que poblaban la calle Bowery, porque al menos la mitad de las bolsas mostraba su contenido. En parte para protegerse del hedor, y sobre todo para satisfacer la reprimida necesidad de nicotina, Brandon sacó los cigarrillos mientras avanzaba. Igual hizo la mitad de personas que abandonaban el edificio, y mientras Brandon se palpaba los bolsillos en busca de una cerilla alguien le puso un fino Dunhill debajo de la nariz. Era el negro del traje de seda. Y aquí, por fin, nuestros tres neoyorquinos están juntos... o casi juntos, porque Brandon no ha visto aún a la tercera persona, atareado como se halla en las presentaciones con la segunda a la que creyó reconocer, o casi reconocer.

—Soy Dan de Harcourt.

—Hola, señor Harcourt, me llamo...

—No, no, no es Harcourt, de Harcourt.

¿Dónde lo había visto? ¿Dónde? Ah, claro. Dan de Harcourt era el que siempre estaba utilizando el teléfono de la sala del tribunal, mientras todos aguardaban a que los hicieran entrar, y Brandon era una de las tres, cinco, a veces diez personas que hacían cola a la espera de que él acabara. ¿Qué *hacía* de Harcourt tanto tiempo en el teléfono cuando Brandon estaba ansioso por llamar a su despacho,

o más ansioso todavía por llamar a su hija? Eso no estaba claro, aunque en una de las conversaciones telefónicas, ocupando el primer lugar de la cola, Brandon había oído la palabra «inversiones». Normalmente uno no piensa que un negro de veintidós años sea un inversionista, según la opinión de Brandon, pero aquél olía a dinero: el traje de seda, el elegante maletín, el aire de Aramis cuando encendió el cigarrillo de Brandon...

No era lugar para conversar. Estaban empujándoles y obligándoles a avanzar. Por otra parte el gentío se desplazaba por voluntad propia, ya que los individuos que lo componían trataban de alejarse del hedor a desperdicios de la marisquería... sólo para encontrarse corriendo hacia la basura de la pizzería bloque abajo. En los escalones del edificio municipal agentes policiales uniformados y hombres en traje de calle (¿FBI?) entraban con perros sujetos con correas, probablemente entrenados para detectar explosivos.

Era un gran fastidio para todos los implicados, pero también un hecho excitante. De no haber sido por el hedor de la basura, el incidente habría resultado incluso divertido. Una furgoneta del Canal 2 se había situado ya al borde de la plaza, con una cámara montada sobre una grúa que recogía una panorámica de la multitud. Había una buena oportunidad, pensaron todos, de salir en el noticiario de las seis. El Canal 7 se había presentado con una cámara manual, y un personaje conocido (¿Tom Snyder?) hablaba con un policía provisto de un escudo dorado en los escalones del edificio, y la furgoneta de la WPIX acababa de llegar. Esa gente no perdería el tiempo por una falsa alarma, pensaban todos los componentes de la multitud. Y a la excitación que reinaba allí se sumó un ligerísimo indicio de peligro. Y todos pusieron la mejor cara, por si las cámaras giraban hacia ellos, para unirlos a la hueste de héroes —Julius y Ethel Rosenberg, el reverendo Sun Myung Moon, senadores, banqueros, ladrones de bancos— que habían estado

con anterioridad frente a las cámaras de televisión en aquel lugar.

Brandon se abrió paso hacia ellas, como todo el mundo, aunque se dijo a sí mismo que sus motivos eran distintos, y casi tropezó con un hombre entrado en años que llevaba unas gafas tan gruesas como el fondo de una botella de refresco.

—¡Señor Feigerman! —exclamó Brandon, complacido—. ¡No esperaba encontrarle aquí!

Puesto que la relación de Shire Brandon con de Rintelen Feigerman constituía una insignificante parte de la vida del segundo, por no mencionar el hecho de que Feigerman estaba prácticamente ciego, el hombre tardó un momento en responder. De Rintelen Feigerman era miembro de la junta directiva del Instituto Público Jefferson de Estudios Oficiales, pero sólo acudía al local para las reuniones bimensuales, alguna conferencia de vez en cuando y la fiesta de Navidad. En ese ambiente podía reconocer al presidente del Comité de Metas y Estrategias, pero no en la ardiente miasma de *Foley Square* durante una amenaza de bomba. A pesar de todo, logró identificarlo.

—Ah, sí, el hombre de la Reunión Global Ciudadana —dijo al tiempo que ofrecía su mano—. ¿Cómo va el proyecto?

Bien, una respuesta adecuada a esa pregunta habría exigido que Brandon diera informes sobre un mínimo de diez aspectos y ramificaciones del tema. La Reunión Global Ciudadana (RGC) era en sí un proyecto muy complejo, y Brandon no estaba ni mucho menos seguro de que Feigerman supiera de qué se trataba, aparte de que implicaba el uso de medios de difusión electrónicos para conseguir que todos los habitantes de Nueva York sostuvieran una charla conjunta. Las discusiones preliminares con las emisoras de radio y televisión eran otros (en realidad, otros veintidós)

campos, porque cada una proponía normas básicas particulares. Pero, además de eso, sería necesario explicar que nada avanzaba en ese momento, puesto que Brandon estaba sumido en un prolijo caso de divorcio, y su vida personal se había convertido en una confusión total. Fue un halago a su organizada mente que Brandon lograra comprimir bastantes de esos detalles en tres o cuatro frases, con la ayuda de un gesto hacia los equipos de televisión para ejemplificar cómo los medios de difusión electrónicos podían mantener en contacto a una comunidad con su millón de partes y otro hacia los montones de basura, como ejemplos de la clase de problemas que la RGC sería capaz de resolver.

Fue un halago para las facultades de comprensión del viejo Feigerman que éste comprendiera las palabras de Brandon lo suficiente para formular la pregunta más pertinente... aunque, como él sabía por experiencia debida a los intrincados problemas que le habían presentado, la pregunta más pertinente no exigía por fuerza haber escuchado antes alguna explicación. Era simplemente:

—¿Qué necesita para que el asunto vuelva a ponerse en marcha?

—Ayuda del Ayuntamiento —dijo Brandon sin pensarlo dos veces, y escrutó el semblante de Feigerman atento a su reacción. Pero era imposible observar una reacción al otro lado de las gruesas y deformadoras lentes. Brandon siguió hablando—. Las emisoras se limitan a dar largas al asunto... Ninguna desea ser la primera en regalar una noche entera. Pero todas saben que la Comisión Federal de Comunicaciones reconocería una hazaña de ese calibre. Así pues, si el alcalde hablara en favor del proyecto, las emisoras aceptarían.

Y entonces Brandon comprendió que si no obtenía la reacción que trataba de provocar en el otro era en parte debido a que el viejo estaba angustiado. El calor, el hedor, el gentío... El señor Feigerman estaba muy pálido.